

# CONTEXTO GEOGRÁFICO E IDENTIDAD PENCOPOLITANA

Antonio Zelada Espinosa<sup>1</sup>

A propósito de la gestión urbana moderna, Felix de Amesti, arquitecto nativo con un postgrado en Harvard, en un reciente artículo publicado en el Diario "El Mercurio" de Santiago de Chile, establece tres grandes categorías en una ciudad: lo construido, las zonas que deben acoger el crecimiento urbano y los elementos notables.

Si bien esta categorización no tiene nada de nueva, ya que son parte de metodologías que los arquitectos usamos en los análisis urbanos, Amesti establece estas categorías como las principales y dice que son las que deberían orientar las grandes líneas del accionar público en la ciudad.

A mi manera de ver, en nuestros territorios urbanos regionales, y muy especialmente en nuestro ámbito costero donde se concentra la mayor población urbana regional, es el gran marco verde que rodea las ciudades y les da un sello particular y por lo tanto constituyen parte de la categoría de *elementos notables*.

Lo anterior tiene importancia si, como en el caso de Amesti, se asume que los *elementos notables* son componentes urbanos especiales que son responsables, ni más ni menos, del carácter y de la calidad urbana y que le dan imaginabilidad y atractivo a las ciudades. Si bien es cierto que Amesti ejemplifica con elementos como el borde mar en

las ciudades costeras o puertos (y muy concretamente en un espacio como es el de Valparaíso), en nuestro caso vamos al marco vegetacional verde. Porque en las ciudades de nuestra costa, el macro espacio urbano (visto desde dentro) o el espacio geográfico donde se emplazan las ciudades (visto desde fuera), está muy fuertemente definido por cadenas de cerros altos y verdes, por bosques artificiales y algo monocordes, pero bosques al fin y al cabo.

Ese es el caso de Concepción, donde el marco verde es casi absoluto, con la cadena del Caracol por el oriente y la masa de Nahuelbuta por el sur, ambas cubiertas de bosques verde azules. Talcahuano, Penco y Tomé están en condiciones análogas, ya que están en el espacio geográfico de las bahías de Concepción y San Vicente, conformadas por sendas penínsulas de lo que en el pretérito geológico fueron cerros islas y hoy muestran un paisaje verde muy potente.

Algo similar y quizás mucho más fuerte sucede en San Pedro, Chiguayante y Hualqui, adentrándose por el espacio del río más ancho de Chile, la garganta fluvial y boscosa del BioBío. Y en Coronel, Lota, Arauco, Lebu y Cañete la potencia de la Cordillera de Nahuelbuta es tan grande que la ciudad es como un accidente (artificial) en la geografía.

1 Arquitecto, Docente Carrera de Arquitectura Universidad de Concepción.



Puerto de Coronel y cerros con bosques de plantaciones.

Adicionalmente, todas estas ciudades nombradas, con la excepción de Cañete, son ciudades riberanas del Pacífico o del gran río, y por lo tanto sus caracteres notables son justamente eso: notables. Quizás el caso más potente en este contexto geográfico-visual sea el del pueblo balneario de Dichato, al punto que si Chile fuese un país desarrollado sería un punto notable de circuitos turísticos, no obstante la frialdad de las aguas de la Bahía de Coliumo, en cuyo extremo se cobija.

La identidad, en su acepción más simple, es el mero hecho de ser lo que se supone que debe ser o, para decirlo más claramente (?), el hecho de ser una cosa la misma que se supone o se busca. Esta ciudad es ésta, y no otra. ¿Tienen, así entendido, verdadera identidad nuestras ciudades? Desde este punto de vista, sin duda la tienen, dada la rica geografía que las cobija, aguas y tierras altas boscosas. Ellas están como en el regazo materno, de la madre tierra que se prodiga verde y acuática.

Siempre he dicho que lo que salva de su precariedad urbana a las ciudades costeras (precariedad socioeconómica y por lo tanto precariedad física en su urbanización y arquitectura), es el rico marco geográfico, la forma del territorio, las cadenas de cerros verdes, los grandes ríos y las espejos de lagunas, verdaderamente insertas en las ciudades.

Y curiosamente, el marco vegetacional predominante que las caracteriza es de bosques exóticos, no nativos, bos-

ques comerciales, plantados para ser cosechados, mientras antes mejor. El antiguo bosque maulino, en la clasificación correspondiente al que existió en esta latitud, ya no existe. Si hay algunos relictos, no los disfrutan las ciudades, están recónditos y son ignorados. Incluso sucede en el caso del grande y valioso Parque Hualpén, donde termina la ciudad, donde muere el Bio Bio en el mar y se alza la península defendiendo a la explanada urbana del océano potente. Allí, los relictos más singulares y valiosos del antiguo bosque maulino hay que salir a buscarlos: están en las quebradas, en la reserva botánica no visitable del Parque que está en manos de la Universidad de Concepción. Casi inaccesibles, los viejos robles, los peumos, laureles y boldos centenarios se debaten en la soledad, resguardándose del viento costero y de la expoliación, por ser este un parque.

Otros singulares relictos están en la cadena montañosa del Caracol. En el Parque de ese mismo cerro existe un pequeño bosque nativo, otra vez en la quebrada, con árboles (peumos y olivillos) de hermosa talla, pero casi nadie llega allí, no obstante que yo mismo propuse su acceso y luego se construyó un sendero que lo bordea: es que allí falta un puente colgante que permita penetrarlo, y apreciarlo casi sin tocarlo. En el fondo del Valle Nonguén está el que es sin duda el mayor bosque nativo que queda en esta región y que pertenecía a la empresa sanitaria regional, ESSBIO, porque allí están las primitivas reservas de agua potable para la



*Centro de Concepción hacia el cerro Caracol.*



*Puerto de Talcahuano y cerros desforestados.*

ciudad, la que ahora en su mayor parte se obtiene del Bio Bio. Entendemos que hoy es un bien nacional, y habrá que preocuparse de su destino.

Dado el generoso marco verde de nuestras ciudades costeras, casi no existen áreas internas de vegetación importantes. Pienso que esto sucede en parte por el hecho de que -quierámoslo o no- siempre estamos visualmente rodeados del verde, y en parte, por ineficacia o falta de recursos de las autoridades regionales o locales. De hecho, el programa nacional del fondo para parques urbanos que tiene el Ministerio de Vivienda y Urbanismo, recién en el pasado año 2000 entregó en la región el primer parque financiado con estos fondos; cuando en la Región Metropolitana (Santiago) se han construido a la fecha más de cuarenta (43 para ser exactos).

Parques internos que puedan llamarse tales, es decir que sean algo más que meras áreas verdes, casi no existen; solo los hay en el borde, como es el Parque Cerro Caracol, y muchas veces no son tales, sino más bien bosques privados. El caso más típico se da en el espacio del río (técnicamente hablando, en la terraza fluvial urbanizada), donde al fondo del plan densamente construido hay densos bosques privados, en una interface no muy clara y no regulada, donde un beneficio, aunque sea meramente visual y de oxigenación y no de paseo, se puede transformar en un gran riesgo por los incendios o el ingreso de intrusos a las propiedades urbanas.

Con relación a la falta de manejo de las situaciones en la relación bosque-ciudad que debiéramos potenciar, reseñemos un caso de notable cambio en esta relación vegetal como cuando se cortaron los bosques en los cerros que en Talcahuano separan las áreas residenciales de la zona industrial, donde hay industrias molestas y peligrosas, según la propia categorización de la Ley de Urbanismo. Tales bosques no se repusieron nunca y hoy son colinas resacas. Desapareció el bosque y con éste el resguardo de un aire más sano y un paisaje urbano más grato.

En relación con las plazas, el espacio público y verde por antonomasia de las ciudades chilenas, éstas son escasas y algunas muy precarias en cuanto al verde. Las plazas de Concepción se cuentan con los dedos de una mano, y lo mismo en Talcahuano, las dos mayores ciudades regionales. En general están plantadas con árboles exóticos, de crecimiento rápido y follaje frondoso, generándose a veces un marco espacial poco adecuado para el clima regional, desde el punto de vista del disfrute del habitante, con su permanencia y búsqueda del sol tanto en invierno como en verano. Pienso que en plazas y áreas verdes, que no dan ninguna identidad a la ciudad por su arborización sino que por su diseño general, bueno, mediano o malo, se pueden plantar árboles autóctonos, ya que las experiencias hechas por institutos como el Infor demuestran que se puede obtener buenos y rápidos desarrollos.



*Villa San Pedro enmarcada con cerros arbolados.*

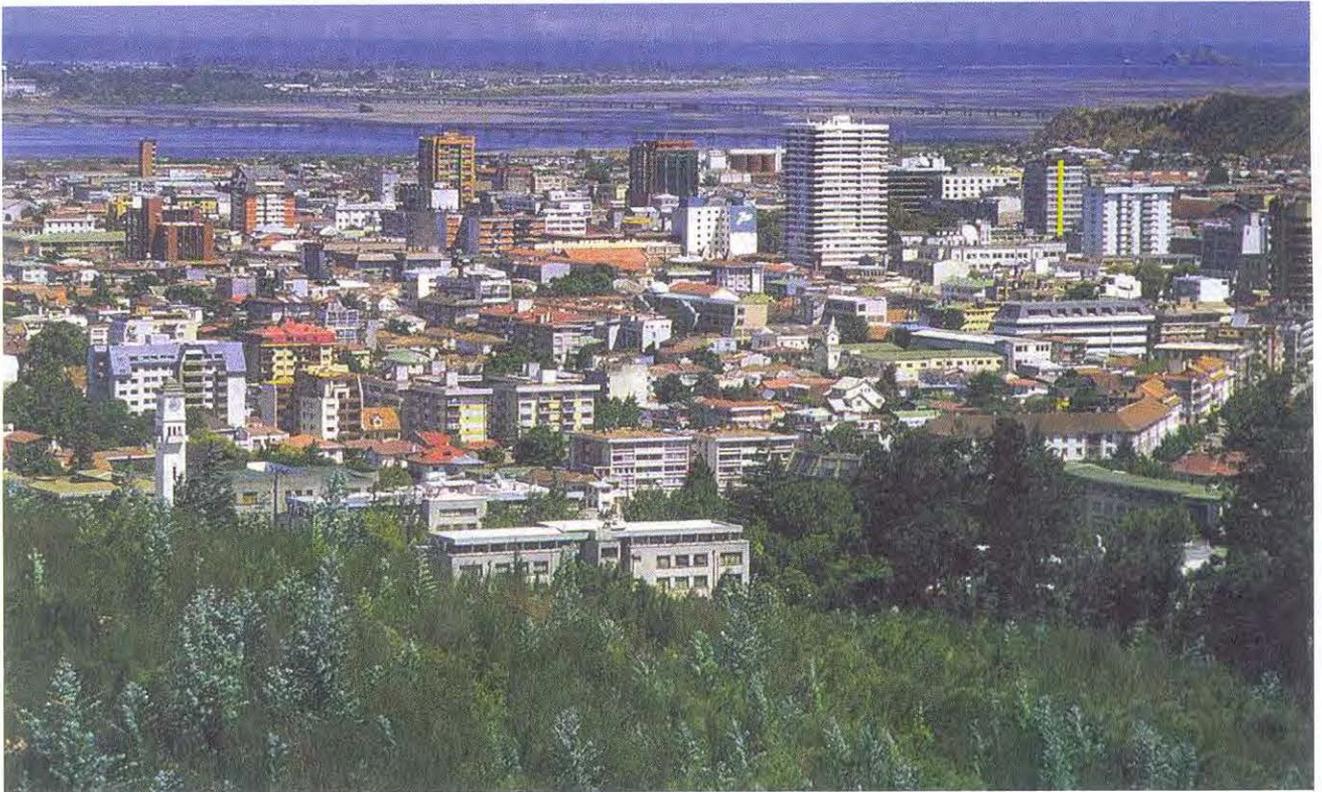
Postulo que con los bosques privados que rodean las ciudades o están (o estuvieron) insertos en-ella, se puede obtener un manejo privado-público convenido por las partes. Sea con su explotación, sea con el manejo de las interfaces. Las ciudades suizas lo hacen: aparecen rodeadas de hermosos bosques-parques que se usan como públicos, y no obstante son privados, y su manejo y formas de cosecha son convenidos con la autoridad local. Puede no ser imposible un plan municipal e institucional (Conaf de por medio) imaginativo, convenido con los propietarios privados. ¿Será muy utópico plantearlo conociendo la burocracia y las dificultades que pone la ley para este tipo de asociaciones? No podemos perder las esperanzas, porque vamos a necesitar hacerlo si queremos tener calidad de vida e identidad en nuestras ciudades y en otras del territorio nacional.

Cuando entre mi niñez y adolescencia estudié, seis años interno en el Internado Nacional Barros Arana, el colegio nacional interno entonces, tuve compañeros del norte que no conocían el sur y que curiosamente no podían imaginarse un paisaje de bosques, de cerros arbolados como una sucesión de olas verdeazuladas perdiéndose en el horizonte. No podían. Menos podían pensar en ciudades o pueblos rodeados de montañas verdes. Sus paisajes eran otros, tan distintos a los míos. Entonces entendí lo que

era sentirse identificado con un paisaje, con el medio en que uno nació y creció. Es algo que marca, y que marca fuerte.

Los sureños, los territoriales de por aquí no pueden olvidar sus horizontes, sus ámbitos verdes y singulares. Si viven en una ciudad marítima del norte, ese mar no es para ellos el mismo que el de su geografía natal; menos lo es, obviamente, el paisaje no verde del norte. Y a veces, no pocas, lloran de nostalgia. Nostalgia por sus ciudades, por sus paisajes urbano-boscosos, por la vegetación que de algún modo los marcó. Se sienten como des-arraigados, fuera de su ámbito, porque fueron marcados por SU ámbito, y si así es, es porque su ámbito tiene, quiérase o no, una identidad, y con esa identidad ellos sí se identifican.

Es esa identidad la que debemos clarificar en nuestra mente, los que trabajamos profesionalmente con las ciudades, con el espacio territorial, con el paisaje; tenemos que tomar clara conciencia de ella y siempre reforzarla en nuestras pretendidas intervenciones. Nadie podría esperar otra cosa de un profesional arquitecto, sensible al mundo, sensible a la relación identificatoria hombre - medio ambiente natural - medio ambiente artificial. Es lo que nos diferencia de otros profesionales, y nos da, a nuestra vez, un sello de identidad profesional.



*Concepción, desde el cerro Caracol hacia el río Bío Bío.*



*Villa suiza desde Belvedere (parque privado), hacia el lago Uri, Ginebra, Suiza.*